

algunos días de vacilación, mostró á la superiora la carta que había recibido del alemán, pidiéndole consejo sobre lo que debería hacer y contestar. La religiosa quedó complacida de su proceder, y, habiendo recibido de la joven la sencilla y cándida confesión de su inclinación hacia Grimm, opinó contestase á éste en términos indecisos, tanto para no parecer ansiosa de aceptar desde luego lo que se le ofrecía, como para disponer de algún tiempo de recogimiento y reflexión. En consecuencia, quedó establecida, con acuerdo de la madre, una correspondencia epistolar entre Julio y Berta, que pasaba por los ojos de sor Ignacia.

V

Ancianos y mendigos

Iba Berta todos los días por la tarde á visitar á los mendigos, cuya sociedad le era muy grata. Ocupaban éstos uno de los departamentos más vastos del Hospicio, formado por enorme patio rectangular, embaldosado con grandes y lisas canterías y costado por elevados portales. En el vasto espacio intermedio, había banquetas de piedra diseminadas de trecho en trecho, para comodidad y descan-

so de los asilados, y en el centro, una fuente de gran capacidad, alimentada por un surtidor de potente chorro, que saltaba varios metros por la atmósfera, y divertía á los desvalidos con los brillantes reflejos y matizados cambiantes de su puro cristal. Terminadas las distribuciones del día, salía la multitud abigarrada á vagar por el espacioso recinto, y hormigueaba por donde quiera paseando lenta y trabajosamente, aglomerándose en círculo en torno de la fuente, formando grupos en las banquetas ó echada por el suelo. Era aquel un mundo de miserables de todas edades y matices, que causaba tristeza: mujeres de rostro marchito y ojos llorosos, encorvadas y apoyadas en nudosos bordones, hombres de larga barba, canosa y revuelta, apenas capaces de sostenerse, niños deformes, de cuadriles desencajados y pies torcidos, ciegos de paso incierto y ojos sin pupilas ó de cuencas vacías y siniestras: un enjambre de seres abortados, vacilantes, inútiles, harapos humanos, el desecho social que no sirve para nada, desde el punto de vista del egoísmo, y es una carga para los brazos válidos y laboriosos.

La hermana consagrada á cuidar aquel departamento, se llamaba sor Agueda. Era alta, pálida y á tal extremo flaca, que parecía que al andar, iba á escurrírsele el hábito por las caderas, tan flojo así le

iba. Su rostro marchito, largo y estrecho, hacía una extraña impresión, visto de frente; y parecía maravilloso que en aquella latitud tan ténue, hubiesen cabido los pequeños ojillos, la delgadísima nariz y la boca casi imperceptible. Mas era tal su dulzura, y tan suave el acento que salía de sus descoloridos labios, que, aunque la primera impresión que producía era casi la del espanto, bien pronto se tornaba en atracción y simpatía.

Corría fama sor Agueda de ser profundamente ascética, y se aseguraba que vivía sujeta á abstinencias y penitencias extraordinarias. Comía tan poco, que parecía increíble pudiese sostener la vida, y por las noches casi no dormía, por entregarse á la oración. Las hermanas de sueño ligero, aseguraban que, á poco de haberse recogido, volvía á levantarse para ponerse de rodillas y continuar rezando. Sin duda por eso se había debilitado su organismo antes de tiempo, y estaba convertida en una anciana, á pesar de que apenas pasaría de los cuarenta años.

No solamente cuidaba á los mendigos, sino que los quería con ternura. Nunca se enfadaba con ellos, les hablaba con invariable afabilidad y tenía la mayor tolerancia para sus faltas y defectos; y lo más notable de todo era, que parecía no sentir repugnancia hacia aquella pobre gente, á pesar de ser pulcrísima de suyo la religio-

sa, y limpia como una gota de agua; y cuenta que había individuos en el departamento, que hubieran causado ascos al marino de estómago más resistente. La hermana misma, con sus diáfanos y huesudas manos, peinaba cabezas desgredadas, lavaba manos inmundas, acariciaba mejillas terrosas y abrazaba cuerpos pestilentes; pues, aunque según el régimen del establecimiento, tenían las hermanas particular cuidado con la higiene de los asilados, éstos, por hábito ó flaquezas del organismo, se daban maña para contrariar las pragmáticas del aseo y del bien parecer, y ó no se lavaban ni cambiaban de ropas, ó á poco de lavados y vestidos de limpio, estaban tan sucios y destrozados como Job en el estercolero.

En justa compensación á tanto cariño y desvelo, era sor Agueda tiernamente amada por aquel pueblo doliente, y á su paso al través del melancólico departamento, era recibida con sonrisas amables, cordiales saluciones y bendiciones fervorosas. Y como la religiosa, por otra parte, gozaba de veras con la sociedad de los infelices, permanecía entre ellos cuanto podía, ayudando á andar á los cojos, prestando apoyo á los ancianos, guiando á los ciegos y hablando cariñosamente con todos. Era su mayor gozo celebrar sesiones vespertinas con sus protegidos á la caída de la tarde, cuando el sol occiduo

proyectaba larga y parda sombra sobre el embaldosado. Entónces, sentada en una de aquellas banquetas y rodeada por el pobre auditorio, hablaba de Dios, de las miserias de la vida, de las bellezas de la gloria, de la significación que tenían los trabajos humanos y de las recompensas que guarda el Criador á los que sufren la prueba con resignación y mansedumbre.

—Dios Nuestro Señor, hijos míos, deciales la buena madre, no fué amigo de los ricos ni de los poderosos, sino de los pobres y pequeños; para ellos guardó sus enseñanzas y su amor. El pobre es predilecto de Dios; y el mismo Salvador, á su paso por el mundo, quiso profesar la pobreza. A los paralíticos, á los ciegos, á los leprosos, los estrechó contra el seno, y los libró de sus dolencias con sólo que creyesen en El, lo confesasen é invocasen su santo nombre. El nos ha enseñado que las riquezas son carga pesada, que hace tropezar y caer á las almas débiles, y que es difícil para los dichosos de la tierra entrar en el reino de los cielos; mientras en sus bienaventuranzas nos ha dejado clara y hermosa promesa de que todos los que sufren por El, han de estar con El en el Paraíso. “Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados;” lo que quiere decir que la tristeza y el dolor son una mística preparación para el cielo. Tengan ustedes confianza en la misericordia

divina, hijos míos, porque ella, que ha visto vuestros sufrimientos durante la existencia, sabrá volvéroslos felicidad y alegría después de la muerte; lo que importa es amarle y servirle. La vida es breve y se nos escapa con la respiración á cada momento; á la hora menos pensada, llega la muerte y nos arrebatá del placer ó del dolor, y más allá del sepulcro comienza la verdadera vida. La vida es la noche, oscura y triste, llena de terrores y fantasmas; y la muerte es como el amanecer, cuando sale el sol por el Oriente y con su luz todo lo ilumina y llena de vida. Nuestro Señor es el Sol de la eternidad que han de ver nuestros ojos.

Los menesterosos, que vivían pendientes de sus labios, oían su palabra como blanda música, bajada de lo alto, y, por más obtusas que fuesen sus inteligencias, y por más cerrada que fuese su ignorancia, percibían en el fondo de la conciencia el influjo de su predicación, como rayo de luz ténue y risueño que acariciaba sus dolientes espíritus. Aquellas humilias terminaban al caer el crepúsculo, cuando el sol se ocultaba á lo lejos, y comenzaba la sombra, luchando con las postreras luces del día, á extender su melancólico velo sobre las cosas; cuando los pajarillos volvían de sus excursiones aéreas, á las copas, de los árboles ó á las cornisas del patio para refugiarse en los nidos, piando melancólica-

mente, y cuando las campanas de Fópoli, que parecen un armonioso carillón, despertaban en el alma sentimientos místicos de adoración y de plegaria. En medio de aquel conjunto de bellezas ópticas y solemnidades acústicas, el grupo conmovedor de infelices evangelizados por la monja pálida, parecía una resurrección de antiguos y olvidados cuadros; parecía evocación de aquellos tiempos heroicos en que el Evangelio del Nazareno comenzó á cundir entre el pueblo indigente, y era infiltrado en el espíritu de las muchedumbres, por todos los creyentes convertidos en apóstoles.

Berta acompañaba á sor Agueda en aquellos santos empeños, y permanecía á su lado tan embelesada como los más míseros, al encanto de su palabra y á la vibración de su acento, que parecían de otros mundos; y era tal la impresión que aquélla y éstos le producían, que se imaginaba á las veces, que la monja extenuada y casi diáfana, era una alma incorpórea, envuelta en sutil periespíritu y bajada á la tierra con misión de cosechar corazones para altos destinos y castos é infinitos amores.

La caridad de Berta se repartía también como pan bendito entre aquellos infelices. á quienes prestaba todo género de servicios y mostraba toda suerte de atenciones. Hagamos rápida mención á este propósi-

to, de algunas de las principales figuras de aquel triste departamento, para conocer á los protegidos de la joven.

Doña Dorotea López era una anciana de pasados setenta años, pequeñita de estatura, blanca de color, delgada y desme- drada de carnes, de facciones finas y de notable calvicie en la parte alta de la frente. Procedente de familia acomodada, se había desposado cuando joven, con un militar de nombradía, que llegó á ser comandante de las armas en Fópoli, por lo que la señora López había ocupado en tiempos antiguos un lugar visible y prominente en la ciudad. Todavía recordaban los más viejos, haberla visto en teatros y sa- raos, bien vestida y alhajada, rodeada de amigos y aduladores, figurando siempre en primer término; y parecía imposible que ella, que había sido tan guapa feste- jada en sus buenos tiempos, hubiese ido á parar, cuando vieja, á un asilo de mendigos para no morir de hambre. Era que doña Dorotea había perdido uno á uno todos los miembros de su familia, y que, como nunca había tenido hijos, ni fortuna, juntamente con la soledad, había ido cayendo gradualmente en la pobreza y en la miseria. Y como era demasiado orgullosa y delicada para pesar sobre nadie, ó pedir favores á sus antiguos cono- cimientos, había preferido acogerse lista y llanamente á la caridad pública, á pedir

prestado, recibir desaires y ser gravosa á persona alguna.

Por de contado que sor Ignacia, desde el punto y hora en que tuvo conocimiento de su historia y desdichas, se interesó vivamente por ella y le brindó acogida cariñosa en el Hospicio; y para que la reclusión y la nueva existencia en que iba á entrar, no le fuesen demasiado penosas, le proporcionó un cuartito independiente y aseado, en soleado y alegre pasadizo, el cual aposento, aunque pequeño, podía servir para cómodo alojamiento de una persona solá. Ahí colocó doña Dorotea los muebles que pudo escapar del naufragio: una cama de latón, un ropero de cedro, un buró, una mesa de estorbo, un canapé, algunas sillas de caoba y algunos objetos de ornato; y así quedó, en cuanto fué hacedero, bastante bien instalada. Era tan hacendosa y tenía tan buen gusto para todo, que daba placer mirar su cuartito siempre limpio, arreglado y oloroso, como de niña alegre y llena de ilusiones. Nunca faltaban flores en búcaros de porcelana sobre su mesa, ni cuadritos por las paredes, ni listones de adorno en las repisas ó en el respaldo de sus sillas. Aparte de eso, peinaba la buena señora con particular esmero el pelo escaso y blanco como la nieve, dividiéndolo hacia los parietales en bandas lisas y onduladas, que le bajaban hasta la mitad de la oreja; y,

asegurando en la nuca el poco abultado moño, trababa en él los finos y largos dientes de una alta peineta de carey con incrustaciones de oro, que había conservado. Sus trajes, siempre limpios y bien planchados, eran de forma antigua é iban sujetos á la cintura con bandas de la misma tela del talle; y llevaba falda corta, manga estrecha y abierto el corpiño en ángulo agudo sobre el pecho. Para ocultar el escote, á que fueron tan dadas nuestras abuelas, cruzaba sobre el seno grandes pañuelos de seda de colores vivos, y para sujetar las dos partes sobrepuestas, hacía uso de un enorme fistol de oro, de gruesa y redonda cabeza. Una de las debilidades de que no había podido despojarse la buena señora, era la del calzado. En su tiempo, hombres y mujeres fijaban especial atención en el tamaño del pie y en la elegancia del zapato; y ella, que se las daba de tener muy finos y pequeños los apéndices inferiores, procuraba calzarlos lo mejor que la pobreza se lo permitía. El poco peso que le habían dejado los años, y la vida sedentaria que llevaba, le ayudaban, por fortuna, á mantener en brillante estado de servicio los elegantes chapines de antaño, y ciertas medias de seda calada y "de patente," que formaban todo su orgullo; por lo que le era permitido continuar llamando la atención hacia la belleza de aquellas sus extremidades tan finas y bien modeladas. Y como se

daba cuenta de todo ello, estaba hecha á la costumbre de acomodar, al sentarse, de tal modo la falda, que diese paso á los piececitos diminutos, que solía cruzar uno sobre otro para dejar ver su pequeñez infantil, y lucir así el empeine elevado y el arqueado hueco, perfectamente revelados al través de la malla finísima de la media, y del satinado zapato de color de perla con suela apenas maculada por el polvo del pavimento.

Paulina y Virginia buscaban mucho la compañía de aquella amable anciana, porque conservaba de su antigua historia una gran finura de maneras, un tacto exquisito, y una excesiva y aristocrática delicadeza; y como unía á todo eso una inteligencia nada común y una experiencia bien aprovechada, podía ser considerada como una ninfa Egeria de gran utilidad y valor. Desde que descubrieron aquel tesoro, acostumbraban ir, siempre que podían, á charlar con ella, y pasaban largas horas haciéndole confidencias ú oyendo el relato de tantas cosas y personas como ella había visto; pues era como libro docto y bien nutrido para quien sabía hojearlo y revolverlo. Tenía, además, la ventaja de que conservaba muy buenas relaciones sociales, y como salía á la calle cuando quería, era excelente para tomar y dar informes de cuanto se había menester. Para festejarla y manifestarle cariño, so-

lian Berta y Virginia regalarla con sus cantos al son de la guitarra; y la señora se ponía triste y pensativa al escucharlos, recordando cosas viejas é idas, porque no hay nada que avive tanto las memorias del pasado, como el blando acento de la música.

Don Sabas Machain era un notario decrepito que, no pudiendo trabajar, había sido internado en el asilo por sus amigos, ya que sus hijos, mocetones robustos que se ganaban buenos sueldos en el comercio, no se dolían de él, y le dejaban perecer de hambre y miseria en humilde cuartucho. Don Sabas tenía la razón cabal, aunque su cuerpo se negara casi á sostenerle; así que llevaba clavado en el corazón el dardo cruelísimo de la ingratitud de sus hijos. En eso pensaba día y noche, y no tenía más conversación que la de ellos.

—¡Ingratos! decía con acento trémulo, ¿por qué me abandonan? ¿No saben que me deben la vida?

Y lloraba como un niño al hablar de su desventura. Berta le había cobrado interés precisamente por eso.

El más desdichado de todos los ancianos predilectos de Berta, era don Lino Torres. Nadie sabía lo que había sido en sus buenos tiempos, ni de dónde había venido; sólo se conocía su nombre, por haberlo llevado escrito en un papel murgiento, que fué hallado en una de sus

faltriqueras, cuando ingresó en el asilo. Era alto y robusto, y cuando no le había atacado todavía la terrible enfermedad de que adolecía, debió haber sido guapo y de buen ver; pero ahora, aquella misma robustez inútil y aquella estatura encorvada, causaban, por el contraste, más pena que admiración. Una congestión le había puesto en aquel estado, pues derramada la sangre en la masa encefálica, había interesado ciertas partes del cerebro, que gobernaban y presidían el movimiento de la mitad derecha del cuerpo, produciendo en ella la consiguiente parálisis. Su organismo todo, por ese lado, andaba desquiciado y contraído: sesgo el rostro, oblicuo un ojo y caídas una de las ventanillas de la nariz y una de las comisuras de la boca. El brazo diestro, siempre en cabestrillo y recogido en ángulo agudo sobre el pecho, dejaba flotar la mano inerte y floja sobre el pecho, como inútil y lacio harapo, mientras la pierna correspondiente, muerta y sin gobierno, iba á remolque de la sana, con el pie caído y descoyuntado, raspando el suelo con la punta del zapato. Aparte de eso, aquel robusto valedudinario había quedado totalmente afásico, aunque oía bien y parecía haber conservado la razón, porque obedecía en cuanto se le ordenaba y tenía la mirada lúcida. Era penoso observar los esfuerzos que hacía por darse á comprender,

agitando nerviosamente la mano válida, produciendo sonidos broncos é inarticulados con la boca y haciendo torpes y desesperados visajes. Lo más penoso para él, era que la atonía de su esófago, le ponía en peligro de ahogarse cada vez que comía, por lo que era preciso ponerle los alimentos en la boca con suma cautela, como á niño recién nacido. De ese ministerio se encargaban las hermanas, y muy especialmente sor Ignacia, quien solía acudir á su lado á la hora del refectorio para alimentarle por su misma mano.

—Venga acá el viejo, le decía blandiendo la cuchara; vamos á ver si aprende á comer.

Los ojos de don Lino chispeaban de gratitud al ver á la madre, y brotaban de su garganta gemidos desgarradores, que querían ser palabras. La superiora comprendía su significado y seguía diciendo:

—No hay que fatigarse, don Lino; la cosa no es para tanto.

Nunca faltaba tampoco á esa hora, cerca de la religiosa, el pobre muchacho Atenógenes, que corría á saludarla en cuanto la columbraba. Era idiota, de frente abultada, pómulos como puños, boca en forma de pico y mandíbula inferior deprimida y minúscula. No tendría más de catorce años, y aunque imbécil, sentía, sin duda, la necesidad del abrigo materno, porque al ver á la superiora, se le acercaba con mi-

mo, y se daba á gritar con voz fuerte y sin descanso, como máquina descompuesta:

—¡Mamá!... ¡mamá!... ¡mamá!...

No sabía decir más que eso. Para pedir lo que deseaba ó contestar lo que le era preguntado, para quejarse de cualquier dolor ó manifestar alegría, y para desahogar su cólera ó dar á conocer su regocijo, no tenía más frase que aquella: ¡mamá! "¡mamá!"... y siempre "¡mamá!"

Berta y Virginia eran el solaz y la alegría de aquellas pobres gentes. Sistemáticamente, al comenzar y al concluir la distribución de la tarde, se acercaban á don Lino y don Sabas para saludarlos y charlar un rato con ellos.

A don Sabas solía decirle Berta cariñosamente:

—¡Ea! don Sabas, no hay que darse á la pena, piense que á nadie le falta Dios, y que hasta en los mayores sufrimientos aparece manifiesta su misericordia.... Aquí nos tiene á Virginia y á mí resueltas, si usted nos lo permite, á llenar el hueco de sus hijos en cuanto sea posible.... aunque indignas.

—No diga usted eso, niña, replicaba el anciano; mis hijos son tan ingratos, que no sirven ni para descalzar á ustedes.

—Siendo así, proseguía Berta, ¿quiere usted ser nuestro padre?... Virginia y

yó, que no conocimos al nuestro, le daremos ese nombre, si nos lo permite.

—De mil amores, contestaba el notario enternecido.

—Pero ha de ser con una condición, proseguía Berta.

—La que usted guste.

—Que usted también ha de decirnos hijas.

—Arreglados, replicaba don Sabas un tanto olvidado de sus negras ideas; con mucho gusto, hijas mías.

—Gracias, papá, continuaba Virginia.

—Y ahora, seguía diciendo alegremente la primera ¿no quiere usted que le cantemos alguna cancioncita para que se le vaya la tristeza? Recuerde que cuando el rey Saúl estaba dominado por ella, pulsaba David el arpa y lograba desvanecerse, como el toque de la campana bendita aleja las negras nubes.

—Si ustedes me hacen el favor, tendré especial complacencia en oírlas.

—¿Dónde me siento? preguntaba Virginia. En pie no puedo tocar á gusto, necesito sentarme.

—Vamos al patio, decía don Sabas, ahí hay buenas banquetas.

Y el grupo se dirigía á ese lugar y se acomodaba en alguno de aquellos duros y toscos asientos.

—¿Qué quiere usted que le cante, papá? Preguntaba Virginia, volviendo hacia el

anciano cariñosamente el rostro de ojos inmóviles.

—Lo que usted guste, respondía don Sabas: todo su repertorio.

—Ninguna cosa triste, Virgen, replicaba Berta: ahora no estamos para tafetanes, como la Magdalena.

—En ese caso, será algo juguetero y chancero.

—Eso es. ¿Qué dice, usted, papá?

—Ya les dije, hijas mías, que me pongo enteramente en sus manos.

—Pues será, “El Murciélago.” ¿qué le parece? interrogaba Virginia.

—Excelente, contestaba el notario.

—Pues allá va, continuaba la ciega.

Y después de registrar la guitarra para cerciorarse de su afinación, y de torcer algunas clavijas para restirar las cuerdas flojas, cantaba con graciosísima voz y salada gesticulación en el semblante:

“En noche lóbrega
Galán incógnito
Las calles céntricas
Atravesó,
Y bajo rústica
Ventana gótica,
Pulsó la cítara
Y así cantó:

“Morena, ábreme
La alcoba mística,
Que ni los pájaros
Lo sentirán:

Está la atmósfera
Vertiendo lágrimas,
Y sopla un ábrego
Que hace temblar.

La bella sílfide
Que oyó aquel cántico,
Entre las sábanas
Se acurrucó;
Y dijo: “¡Cáscaras!
Ese murciélago
Canta muy lánguido....
No le abro yo!”

—¡Bravo! ¡bravo! gritaba don Sabas entusiasmado con la gracia de la canción y el acento de la artista. ¡Bravo! ¡bravísimo!.... Ya me figuro la escena!.... Hasta me dan ganas de estornudar.

—Y acaso, decía Berta con malicia, le recuerde algunas de ese mismo género en que haya figurado usted mismo con embozo hasta los ojos, sombrero de anchas alas y guitarra en la mano.

—Bien puede ser, respondía don Sabas con aire misterioso, bien puede ser.... Sólo que de eso hace ya muchos años.

—¿Como cuantos? preguntaba Virginia.

—Bien hará el doble de la edad de ustedes dos.... Como sus edades sumadas: unos cuarenta años.

—¿Cómo se llamaba “ella?” saltaba Berta.

—¡Curiosillas! exclamaba don Sabas

riendo de buena gana y libre por un instante de sus penas. ¡Dejaran de ser hijas de Eva!

—Sí, papá, replicaban en coro las dos amigas; pero ahora nos lo va usted á contar.

—Bueno, ya que ustedes lo quieren, van á saberlo.

Pero como al rasgueo de la guitarra y al halago del dulce canto, iban saliendo por todas las puertas de los dormitorios y arcos del corredor los cuitados habitantes del departamento, no le era dable á don Sabas entrar en materia, á pesar de sentirse ya muy lanzado; y decía con voz recatada:

—Viene gente; ahora no podrá ser.

—Pero ¿nos promete contárnoslo otra ocasión? interrogaban las jóvenes.

—Lo prometo.

—¿Palabra?

—Palabra y fe de notario, concluía don Sabas (que no logró nunca acabar de referir su aventura), con la solemne gravedad de un tabelión engréido con sus títulos.

Y como la muchedumbre se aglomeraba en torno de la banqueta pidiendo canto y guitarra, no había más remedio que darle gusto; así que la ciega con el mejor talante del mundo, soltaba el trapo á la garganta y á la mano, espigando aquí y allá en su abundante repertorio; y mien-

tras cantaba, no la perdía de vista José, que era el primero en acudir al reclamo de la música. Y como Virginia, aunque no le miraba, le sentía cerca, se dirigía á él invariablemente al concluir cada canción, diciéndole:

—¿Qué te parece ésta, José? ¿Te gusta? ¿ó prefieres otra?

—Todas las que cantas me agradan, ya lo sabes; pues lo que me encanta es tu voz, contestaba el carpintero. Sigue, sigue cantando.

Virginia sonreía satisfecha al oírle, y continuaba gorgeando por largo tiempo como una avechilla del bosque.

VI

El "Stabat Mater"

Quiso celebrar sor Ignacia el Viernes de Dolores del siguiente año con una solemne función nocturna, en la cual tomasen parte los más aventajados alumnos y alumnas del establecimiento, tanto con fines religiosos como para acreditar la buena enseñanza del Hospicio. Consultado sobre el particular don Teodomiro, opinó debía cantarse el "Stabat Mater" de Rossini, por ser pieza perfectamente adecuada al día, sumamente hermosa, y